

jo. Para colmar la alegría de este padre dió el mismo pocos días después el obispado de Condom al hijo. Diez años hacía que llenaba con su nombre los púlpitos de París.

XXVI.

Esta dignidad no interrumpió completamente sus predicaciones; lo único que hizo fué añadir mas autoridad al sacerdote y mas respeto á la atención pública. Otro orador se apoderó de la cátedra sagrada en el momento mismo en que Bossuet abdicaba la palabra por el obispado. Este orador era Bourdaloue. Estos dos émulos de la elocuencia fueron comparados apasionadamente. Para vergüenza de la época, el número de los admiradores de Bourdaloue sobrepusó en poco tiempo al de los entusiastas de Bossuet. La razón de esta preferencia que se daba á una argumentación fría sobre una elocuencia sublime está en la naturaleza de las cosas humanas. Los hombres de mediana talla tienen mas analogía con su siglo que los hombres desmesurados la tienen con sus contemporáneos. Los oradores que argumentan son comprendidos mas fácilmente por la muchedumbre que los oradores que se entusiasman; se necesitan alas para seguir al orador lírico, al paso que basta la lógica para seguir al orador que razona. La lógica en un auditorio es don mas común que la inspiración. Son pocos los que tienen las alas que elevan y sostienen en el espacio. Así es como se admiraba mas en la tribuna de la Asamblea constituyente á Barnave que á Mirabeau. Estas preocupaciones, que son las pruebas del genio y las ovaciones de la rivalidad, no son los fallos del porvenir. Los hombres de gran superioridad no pueden ser juzgados sino por sus pares. Estos pares, es decir, estos iguales á los hombres de genio, existen en número harto reducido durante la vida de esos hombres culminantes para decidir de la preeminencia verdadera, para discernir el rango definitivo en la gloria, y son sofocados por la muchedumbre que juzga mas grande lo que ve desde mas cerca. Se necesitan muchas generaciones y á veces muchos siglos antes de que esos iguales pares de los hombres superiores nazcan y juzguen en bastante número para formar el tribunal competente de la verdadera grandeza. Hasta entonces, la multitud se engaña; este es el misterio de la posteridad, sus juicios anulan los de la época. Esperar es la condición de la gloria.

Bourdaloue y Massillon fueron declarados en su época oradores sagrados mas grandes que Bossuet; pero los años han rectificado este juicio. Bourdaloue no es mas que un poderoso argumentador y Massillon un melodioso lisonjero de oídos; Bossuet solo era completamente

elocuente, porque era á la vez lírico y patético y tenía las alas y el grito del águila; pero volaba y gritaba demasiado alto en el cielo para ser oído desde abajo.

Madama de Sevigné que ha transmitido con tanta gracia los euclicheos de un siglo á otro y cuyo libro puede ser llamado la chismografía inmortal de la posteridad habla sin cesar en sus *Cartas* de las arengas de Bourdaloue y no dice una palabra de los sermones de Bossuet.

SEGUNDA PARTE.

I.

Hasta el momento de ser nombrado por el rey obispo de Condom, la vida de Bossuet en París era lo que había sido en Dijon y en Metz, solitaria, estudiosa y ejemplar. Vivía en casa del abate de Lameth, dean de la iglesia de Santo Tomás del Louvre, especie de retiro entre el monasterio y el mundo, que protegía la austeridad de las costumbres permitiendo cultivar las amistades. Las costumbres de este gran hombre tenían esa *tristeza evangélica* que, según la Bruyere, es el alma de la elocuencia cristiana. Nada de sus pensamientos se evaporaba fuera de sí. Algunos eclesiásticos de noble nacimiento, de ciencia consumada y vida irrepreensible, noviciado escogido del obispado de la época, eran su mas asidua compañía. Cierta atractivo hacia la gloria y la virtud los agrupaba ya en torno del hombre prematuramente ilustre; presentaban al parecer su grandeza y se honraban con el título de discípulos suyos.

En estos discípulos no veía Bossuet mas que amigos, y eran el abate de Hoquincourt, mas tarde obispo de Verdon, el abate de Saint-Laurent, preceptor del duque de Orleans, futuro regente; este eclesiástico educaba al príncipe para la piedad antes del infame Dubois. Á quien sus vicios hicieron cardenal con irrisión de la virtud.

Racine el hijo refiere patéticamente en una de sus cartas la muerte del abate de Saint-Laurent, arrancado de los brazos de Bossuet.

Discípulos suyos eran tambien Mr. de Bedacier, obispo de Augusta, que tampoco quiso morir sino oyendo las exhortaciones de su amigo, á quien legó un priorato que gozaba en Mantes; abate Letellier, hijo del canceller de este nombre, que colmó al joven predicador de beneficios y dignidades dependientes de su obispado de Reims; el abate de Choissy, célebre en un principio por las ligerezas de juventud, escandalosas en su profesion, atraído á una vida austera y á la fe por Bossuet y dirigido por él en los estudios

históricos útiles á la Iglesia; Hardouin de Péréfixe, antiguo preceptor del rey, y ahora arzobispo de París; Fenelon, entonces discípulo y después rival, pero siempre tierno y cariñoso, y todos los amigos jóvenes de Fenelon, arrastrados por él á ese culto del corazón que había profesado á Bossuet, y por último el abate Ledieu, comensal, confidente, secretario y familiar de Bossuet durante veinte años, y que apuntaba y registraba hora por hora para la posteridad la vida y las palabras de su maestro.

Este cenáculo de virtud, de fé, filosofía, elocuencia, conversaciones y amistad común recordaba las escuelas filosóficas de Atenas, hechas solamente mas castas y santas por la austera disciplina del cristianismo que era su vínculo. Bossuet no salía de él sino para subir al púlpito ó para cultivar algunos altos favores de la corte, conveniencias de su dignidad. Desde que era obispo, predicaba pocas veces, reservando su palabra para las grandes solemnidades que immortalizaba con su voz elocuente.

II.

Dejóse tentar de un nuevo género de elocuencia, que recordaba los panegíricos de los antiguos, esto es, las oraciones fúnebres, discursos eminentemente adaptados á su genio por sus circunstancias, cuya tribuna era un sepulcro, cuyo testamento era una vida memorable, trágica ó santa, terminada por una muerte reciente y cuyo aparato era un féretro. Aquí todo prestaba á la elocuencia del orador sagrado acentos, espectáculos, gemidos, consuelos, gritos, himnos dignos de su voz; el templo entoldado, el altar desnudo, las antorchas fúnebres, los sacerdotes vestidos de colores siniestros, el catafalco rodeado de la familia, los amigos, los hijos, los criados tristes y afligidos; las lágrimas de los parientes, el contraste de la grandeza, del poder ó de la fama del difunto, con aquel cadáver caído de repente desde las alturas de la vida á ese atahud de madera para ser un momento vano asunto de un discurso y luego para siempre presa de la tierra, abierta ya para sepultarlo; esa vicisitud cotidiana, repentina, pero siempre sorprendente, de la vida al sepulcro; esos exámenes en voz alta como en el antiguo Egipto de la memoria todavía caliente del difunto en el umbral de su sepulcro; ese presentimiento atrevido del juicio de Dios sobre el muerto, en los momentos en que ya es juzgado por el infalible juez; esa narración magestuosa ó tierna de las grandes cosas de la vida, esos acentos de historia en los anales de uno de sus actores, esas invocaciones á la Religión, único objeto aparente del discurso; esas escenas patéticas de los últimos momentos y de los recientes adioses, trazados

al rumor de los sollozos de los que sienten el vacío de aquella desaparición en sus corazones; en fin esa voz serena é inalterable del sacerdocio que domina todos estos honores, estas vanidades y estos sollozos, y que recomienda el llanto á los unos y el consuelo á los otros y á todos que se confundan ante el misterio de la voluntad de Dios y ante la soberanía de la muerte; hé aquí el espectáculo, á la vez trágico, teatral y santo, que fascinó á Bossuet y le decidió á no tomar ya pié para sus arengas sino de un sepulcro y no acercarse á su auditorio sino entre el tiempo y la eternidad.

Esta resolución probaba por sí sola su gran talento, porque el carácter á la vez literario, histórico, patético y religioso de aquellos discursos autorizaba al orador á mostrarse gran artista, sin dejar de ser un apóstol. Realizó con inimitable superioridad de palabra lo que había concebido con tanta sagacidad; vivía en un siglo en que no faltaban ciertamente las ocasiones de alabar, llorar y admirarse. El siglo estaba lleno de grandes cosas y de hombres grandes. La elocuencia de Bossuet, como una planifera antigua, los esperaba al borde del féretro.

III.

La amistad ó el agradecimiento personales que tributaba á esas grandes memorias añadían en general una nota mas patética á sus elogios. El corazón subía á los labios y se conocía que el orador tomaba su parte en las tristezas que removía en el fondo de las demás almas.

De este modo pronunció en 1667 la oración fúnebre de Ana de Austria, madre de Luis XIV. Esta princesa, bella, sensible, política, tierna y piadosa, había sido el juguete de todas las fortunas y de todos los infortunios de las cortes. Esposa de un marido frío, extravagante y escrupuloso, que temblaba á la presencia del cardenal de Richelieu, su ministro, no había conocido del título de reina sino los celos y las servidumbres de que la rodeaba aquel ministro para precaverse contra el ascendiente de su juventud y de su hermosura. Unida demasiado pronto y madre de hijos á quienes su tierna edad alejaba del trono, la minoría de estos había sido una larga tempestad, de la que las maniobras de Mazarino habían salvado penosamente su cuna. Adicta por política y tal vez por sentimiento á este ministro tan amable como hábil, de tal modo había mezclado su fortuna á la suya, que prefirió el destierro con él al trono sin él. Las facciones y la Fronde la habían llevado del ultraje á la adoración y de la adoración á la ingratitude. Luego que el rey llegó á la mayor edad

y muerto ya Mazarino, parecía que solo conservaba la vida por la resignación y por el dolor. Una enfermedad lenta y cruel la había atormentado hasta el sepulcro; al fin acababa de bajar á él. Esposa desheredada del amor de un marido imbecil, reina desconocida de un pueblo turbulento, amiga de un ministro odiado de sus súbditos, madre de un rey cuyo reinado había preparado por su constancia, Ana de Austria debía sufrir todavía las injusticias de la posteridad, no ocupando hasta entonces en la historia el puesto eminente que la Francia le debe entre sus mugeres más ilustres y entre sus reinas más perfectas. El mismo Bossuet no le hacía entonces la justicia á que era acreedora; pero á lo menos se acordaba de que había sido la primera en admirarle. Debíale por lo tanto uno de los primeros tributos de aquella voz que Ana de Austria había hecho conocer á su hijo. Este discurso no fué entonces impreso. Las lágrimas por sus infortunios y las admiraciones por su piedad, fueron su única elocuencia. Bossuet olvidó la política por la virtud; pero estaba demasiado sumergido en el reinado del hijo para hablar con equidad de la madre.

IV.

Al bajar del púlpito supo la enfermedad de su padre. Corrió á Metz á recibir su último suspiro. Algunos años hacia que el padre de Bossuet había resignado su puesto en el parlamento para entrar, siguiendo los pasos de su hijo, en el sacerdocio, pues empleando Bossuet su influencia para con el distribuidor de los beneficios eclesiásticos, había logrado que dieran á su padre una canongía en Metz. Bossuet consideraba los bienes de la Iglesia como un patrimonio de familia, sin que tuviese el menor escrúpulo en disponer de ellos ampliamente para los suyos. Esto no era codicia; era costumbre de la época. El altar, según él, debía honrar y retribuir ampliamente al sacerdote. Confiesa muchas veces en las cartas á sus amigos, cartas que tenemos á la vista, esta necesidad de que viva con holgura el ministro de la palabra sagrada.

«En cuanto á mí, dice, mi espíritu no tendría libertad en las molestias de una existencia estrecha y mal asegurada. Conviene que el que está encargado de pensar en los demás no se vea obligado por sus privaciones é incomodidades personales á estrechar su vida y su alma plegándose sin cesar á abyecciones y necesidades.» Tal es el sentido y casi las expresiones de esas cartas, franqueza de un hombre que se siente superior á la fortuna, pero que la aprecia no como una condición de placer, sino como una condición de libertad.

Bossuet administró por su propia mano los

sacramentos á su padre en la hora de su muerte, mezclando las oraciones y las lágrimas, hijo y pontífice á la vez, y abriendo al que le había abierto la vida, la eternidad.

V.

Vuelto á París después de este duelo, se lanzó con la pasión del celo en las controversias ardientes del día entre protestantes y jansenistas. Estos nuevos apóstoles, inspirados por Arnaud, Nicole y Pascal, combatiendo un cisma, amenazaban á la Iglesia con una secta. Hombres de piedad cenobítica, de virtudes absolutas, de lógica inflexible y de indomable elocuencia, exageraban la virtud. Eran los lacédemonios del cristianismo. Se había tenido miedo á sus excesos de santidad, y muchos creían descubrir en su jefe de doctrina, Jansenius, textos reprensibles á los ojos de la ortodoxia, textos que los unos afirmaban existir en los libros de ese doctor holandés, al paso que los otros negaban hasta su existencia.

De aquí dimanaban cuestiones y disputas interminables, que el gobierno envenenaba poniendo en ellos los ojos y las manos.

Bossuet, para desgracia suya, comenzó desde entonces á tomar partido en esas contiendas escolásticas y á gastar su genio y su carácter en esas polémicas de palabras. Al principio pareció inclinarse hácia los jansenistas por analogía de naturaleza y de virtud. Muy en breve los dos sentimientos dominantes en él: el sentimiento de la autoridad de la Iglesia y el sentimiento de la autoridad del rey, superiores á todas las divergencias de doctrina, le alejaron de aquellos hombres, según su corazón, é hicieron de él el hombre del gobierno.

Hablaremos poco de esas polémicas donde la grandeza del talento se pierde en la nada de las disputas. La elocuencia volvió á llamarle al púlpito, que era su verdadero pedestal.

A él subió en 1669 para llorar á la reina de Inglaterra, viuda de Carlos I, desterrada á Francia, después de haber sido asesinado su marido *Hija, esposa, hermana y madre de reyes*, su vida, dice Bossuet, contenía todas las estremidades de las cosas humanas. El rey le encargó que igualase la elocuencia á la grandeza y á los infortunios de aquel destino. Luis XIV, después de haber dado durante su vida á esta reina proscripta regia hospitalidad en San German, no podía hacer en su muerte más gloriosa conmemoración que empleando la voz de Bossuet. Esta oración fúnebre fué la primera en que desarrolló todas las grandezas de alma, de política, de historia y de palabra de que le habían dotado la naturaleza, el estudio y la profesión. Fué un curso de historia y de política á vuelo de águila.

Haciendo remontar Bossuet al cisma de Enrique VIII las causas del regicidio de Carlos I, profirió sobre la fatal unión del sacerdocio y del imperio, de la Iglesia y del Estado, verdades que muy pronto debía desmentir él mismo sirviendo á la Iglesia con la espada del rey, y al rey con la coacción sobre la Iglesia.

«¿Qué es, decía, el episcopado, cuando se separa de la Iglesia, que es su todo, y cuando se separa de Roma que es su centro para adherirse contra lo natural á la monarquía? Estas dos potencias de un orden tan diferente no se unen, sino que se embarazan mutuamente cuando se confunden. Se enerva la religión cuando se la cambia, y se le quita cierto peso, único capaz de contener á los pueblos. Estos tienen en el fondo del corazón no sé que de inquieto que se escapa si se les quita ese freno necesario, y no se les deja ya nada que manejar cuando se les deja dueños de su religión. Todo se convierte en rebelión y en pensamientos sediciosos cuando la autoridad de la religión es anonadada.»

Todo el carácter sacerdotal y político de Bossuet se halla en este período, cuya primera frase difiere tanto de la última. Como sacerdote empieza por declarar con verdad que la religión nada tiene que recibir del poder civil y que estos dos poderes se desnaturalizan uniéndose. Como político declara en la segunda frase que los gobiernos no pueden dejar á los pueblos disponer libremente de su conciencia sin anonadarse ellos mismos en su autoridad temporal, y reviste estas dos contradicciones con la misma magestad de palabra. Se ve de antemano al hombre que pronto aconsejara al rey que se insurrecciona respetuosa, pero inflexiblemente contra Roma para fundar una iglesia galicana, es decir, una independencia en la obediencia y una diversidad en la unidad.

El hombre de Dios desaparece ya aquí ante el hombre del príncipe, y el hombre de disciplina desaparece al fin ante el hombre de gobierno. Ese peso todo humano de las religiones, único capaz de contener á los pueblos; ese freno necesario, esa apelación al despotismo sobre las conciencias para asegurarse contra las revoluciones y las sediciones del pueblo, son máximas en que trasciende más la impiedad de Maquiavelo que la fé de Bossuet.

VI.

Hállase este fatalismo político en el retrato de Cromwell, en quien Bossuet, siguiendo el ejemplo de su época, no veía más que un hipócrita. No se atrevía á elogiarle demasiado, temeroso de faltar al respeto debido al fétetro de aquella reina, su víctima; ni censurarle de-

masiado por temor de faltar al rey, que había tratado con aquel dictador. Se lanzó en la teocracia, que esplica, disculpa y lo legitima todo en sus labios, y exclamó con el despotismo del profeta: «Cuando Dios ha elegido á alguno para ser el instrumento de sus designios, nada contiene su curso; encadena, ciega y doma todo lo que es capaz de resistencia.»

De este retrato de Cromwell, de esta complicidad sofística de la Providencia con la victoria, han deducido los teócratas modernos, Mr. de Maistre y sus adeptos, esa adoración inhumana de la fuerza, impiedad que se llama á sí misma piadosa, que prosterne al hombre delante del triunfo en vez de levantarlo sobre la justicia. Esos falsos intérpretes de la Providencia colocan el designio de Dios en el suceso, en vez de colocarlo en la moralidad del acto. Hé aquí el peligro, para un hombre superior como Bossuet, de lanzar una falsa máxima en el mundo; los hombres secundarios la erigen en autoridad y los pueblos en falsa regla de sus juicios. Así es como la teocracia destruye en nombre de Dios su más bella obra, la conciencia del bien y del mal en el género humano.

VII.

Por lo demás este discurso en su parte patética rebosa magestad, dolores, exclamaciones y llanto sublime; no parece sino que Bossuet se propuso hacer su propio retrato al hablar de aquel poeta fúnebre Jeremías, «único capaz, dijo, de igualar las lamentaciones con las calamidades.»

Un grito de admiración se levanta de toda la corte y de toda la Iglesia con este discurso. Ningun moderno había hablado todavía como profeta. Rogaron á Bossuet que publicara su obra maestra y la Europa se conmovió y lloró.

Seis días después, otra princesa joven y seductora, hija de la que Bossuet acababa de ilustrar y del infortunado Carlos I, volvió á llamar al orador á otro fétetro: este fétetro era el de esta misma princesa. Enriqueta de Inglaterra había casado con el duque de Orleans, hermano del rey. Este príncipe, innoble de espíritu y depravado de gusto, era indigno de apreciar tanta gracia bajo las facciones de muger. Tenía los vicios de los Valois. Enriqueta murió de repente en Saint-Cloud, sin prueba, pero no sin rumor de envenenamiento. Se acusaba á los cómplices de los gustos depravados del duque de Orleans de haber derramado la muerte en el seno de su esposa para dominar sin rival los sentidos y el corazón de aquel príncipe. El rey profesaba á Enriqueta de Inglaterra una predilección que solo el parentesco impedía que fuese amor. Esta pasión contenida había degenerado en ternura. La muerte

de la duquesa de Orleans hirió al rey en el corazón: era ella el astro de la corte; la luz del firmamento parecía haberse debilitado con la desaparición de este astro apagado en una noche. Bossuet la amaba por su talento y por sus desgracias. Ella admiraba á Bossuet como el milagro vivo de Europa, y muchas veces le había dicho chaceándose con ideas tristes: «Si muero, hablad de mí á Dios y á los hombres; no quiero mas elogios que vuestra amistad, ni mas apoteosis que vuestras lágrimas.»

VIII.

El rey pidió á Bossuet que hablase. Su corazón estaba tan conmovido como su voz; indudablemente este fué el discurso mas triste de cuantos hasta allí había pronunciado. La antigüedad no nos ha dejado nada igual á ese dolorido acento. «Quiero haceros ver, cristianos, dijo, en una sola muerte, la muerte y la nada de todas las grandezas humanas!»

Para conmover nada tenía que discurrir Bossuet; le bastaba evocar sus recuerdos. Cuando Enriqueta conoció que iba á morir, le llamó con vivas instancias para que le diese su mano en el tránsito de la tierra al cielo. Bossuet, á quien encontraron demasiado tarde en París, acudió á media noche; se arrojó al pie de la cama de la princesa, lloró, pidió á Dios por ella y la consoló hasta que vino el día: había oído sus últimas confidencias y recibido el último suspiro.

Un momento antes de espirar Enriqueta llamó á una de sus camareras y le dijo en inglés para que Bossuet no lo comprendiese: «Cuando muera, sacad de mi dedo esta esmeralda y dadla á ese santo obispo, como memoria mía.»

Todo este drama de la agonía, que solo infundía terror y lástima á los demas, era recuerdo, imagen y ternura para él; contaba lo que había admirado. En su palabra se oía el tumulto de un palacio despertado por la muerte, el sobresalto de los criados, la solicitud de los amigos, los sollozos de las mugeres, el asombro de los indiferentes, el grito de la corte y de la ciudad. *Ella se muere, se muere sin remedio!* grito en que el golpe no daba tiempo á la amenaza ni la desesperación al respiro; todos asistían á aquella santificación fulminante de una muger á quien el cielo concede solamente minutos para pasar en un abrir y cerrar de ojos á la eternidad. «Estas pocas horas, decía Bossuet, santamente pasadas entre las mas rudas pruebas, equivalen por sí solas á una edad consumada. Confieso que el tiempo ha sido corto; pero la operación de la gracia ha sido fuerte, y el concurso del alma perfecto. La gracia se complace algunas veces en encerrar en un solo día la perfección de una larga vida.»

«No, añade despues de algunos rasgos de contemplación sobre las ventajas de nacimiento, rango, belleza y encantos de la ya difunta princesa; no, despues de lo que acabamos de ver la salud no es mas que un nombre, la vida un sueño, la gloria una apariencia, las gracias y los placeres una peligrosa diversion: todo es vano en nosotros...! Y sin embargo ella fue dulce para con la muerte como lo había sido para con todo el mundo... Yo he visto su mano desfallecida buscar al caer nuevas fuerzas para aplicar sobre sus labios el signo de nuestra redención.»

«... Miradla, á pesar de ese gran corazón, continuó el orador, miradla como nos la ha dejado la muerte... Y aun así, esos restos van á desvanecerse! Y vamos á verla despojada de esa triste condecoración (el catafalco)... Va á descender á esos sombríos lugares y á esas moradas subterráneas, para dormir allí con esos grandes de la tierra, con esos príncipes y esos reyes anonadados, entre los cuales apenas se puede encontrar lugar, ¡tan apretadas están sus filas! ¡tan pronta está la muerte en llenar los vacíos!... ¿Se puede edificar sobre estas ruinas?...»

Pasando luego de la elegía á la reflexión cristiana, exclamó: «¡La grandeza y la gloria! ¿Podemos pronunciar todavía estos nombres en ese triunfo de la muerte? No, yo no puedo sostener ya esas grandes palabras con las cuales pretende la arrogancia humana aturdirse á sí misma para no reparar en su nada! ¿Qué pueden el nacimiento, la grandeza, el talento, si la muerte lo iguala y domina todo, y si ella mano rápida y soberana derriba las cabezas mas respetadas?... ¡Cómo! ¿no podemos prevenir nada de lo que tan cerca tenemos? ¿Será posible que los oradores de las grandezas humanas estarán satisfechos de sus fortunas, cuando vean en un momento pasar su gloria á sus nombres, sus títulos á sus sepulcros, sus bienes á ingratos y sus dignidades tal vez á sus envidiosos?...»

Estos pensamientos le separan de la tierra y le obligan á tener compasión de todas esas vanidades y tristezas; recomienda á Dios aquel polvo que ayer palpataba de embriaguez y de orgullo; recomienda aquella alma á la oración, esa amistad de las almas que sobreviven, y despide al fin á su auditorio con ese recogimiento y ese silencio de quien teme hacer resonar sus pasos ante el vacío del sepulcro, y respirar demasiado alto teniendo ser oído de la muerte.

¿Dónde hallar esta escena, ese hombre, esa tribuna, aquella voz, en los anales del espíritu humano? Bossuet había inventado el calorío de la muerte y la elocuencia de la eternidad.

IX.

El mismo Bossuet sintió reflejarse su alma sobre el alma de su auditorio.

El abad de Rancé, su antiguo condiscípulo, espíritu exagerado, como todos los espíritus ligeros, que había pasado de la voluptuosidad al ascetismo, se lanzó vivo en el sepulcro del monasterio de la Trapa. Allí el solitario, como San Gerónimo, entretenía su piedad lúgubre con la contemplación de cráneos humanos, vaciados por los gusanos del sepulcro. Bossuet, haciendo una chistosa alusión á este mueblage de la celda del convertido, le escribió: «Os envío dos oraciones fúnebres que, porque hacen ver la nada del mundo, pueden colocarse entre los libros de un solitario; en todo caso, pueden ser consideradas como dos cabezas de muerto muy interesantes!»

El artista, como se ve por esta burla severa se juzgaba con complacencia en el panegirista cristiano. Esa nada no era solamente para él asunto de meditación, sino testo de elocuencia.

X.

En efecto seguía al mismo paso su doble carrera de santo hacia el cielo y político hacia el poder. Despues de este discurso le nombró Luis XIV preceptor de su hijo. El arzobispo de París, Péréfixe, y el canciller Letellier le habían recomendado para estas funciones. El duque de Montansier, ayo del joven príncipe, hombre envidioso de favores, pero mas envidioso de piedad, favoreció la ambición de Bossuet. El rey le admitió complacido, pues aunque no le gustaba tener muy cerca de sí al genio para no hacer medir su grandeza real con las grandezas naturales que le dominaban de demasiado arriba, amaba sin embargo que le servia como un poder, que subordinándose al suyo, realizaba á lo lejos su prestigio. La corte quería amasar ese joven heredero del trono por las manos de obispos á fin de asegurar un reinado mas á la Iglesia. Luis XIV entraba por convicción tanto como por política en este plan. Formado para la piedad italiana y española por su madre, entregado por sus sentidos al amor, nada disputaba á la fe, siempre que le dejasen la licencia de sus costumbres. Era el momento en que madama de Montespan, su ídolo, reinaba despues de sus tres hermanas sobre el corazón y la corte de Luis XIV. Nada igualó jamás al escándalo de aquellos amores públicos, que substituían impunentemente á los ojos de la nación, de los ejércitos y del pueblo, y hasta en la carroza de la reina, las concubinas á la esposa del rey. Luis XIV quería ser adorado hasta en sus vicios. Ningun hombre ha corrompido tanto con el ejemplo las costumbres de su pueblo como él, porque ningun hombre ha mezclado mas la licencia y la religión, ni ha impuesto por autoridad mas veneración á sus escándalos. La favorita, consultada, ayudó tambien á la elección de Bossuet.

Casi reina, pensaba como la reina. Cortesano tan ilustre no podía menos que lisonjear su orgullo. ¿Quién se atrevería á murmurar contra una corte, cuyos estravios habían de ser autorizados con la presencia y el silencio del orador mas santo del siglo? Para indemnizar el rey al nuevo preceptor de su hijo del obispado de Condom, le dió la abadía de San Luciano cerca de Beauvais, beneficio de veinte mil libras de renta, heredado del cardenal Mancini.

Levantóse un murmullo contra este exceso de fortuna aun entre los amigos de Bossuet, el cual se creyó obligado á esplicarse sobre esto en una carta al mariscal de Bellefonds, á quien confiaba sus pensamientos con rara sinceridad:

«No me cuido, dice Bossuet, de ninguna felicitación sobre las fortunas de este mundo, y la abadía que el rey me da me saca de embrazos y cuidados que no pueden conciliarse se largo tiempo con los pensamientos que estoy obligado á tener. No temais que aumente mis gastos; la mesa no conviene á mi estado, ni á mi temperamento. Pagaré mis deudas lo mas pronto que pueda. Por lo que hace á los beneficios, es indudable que están destinados para los que sirven á la Iglesia.... Mientras no tenga lo que necesito para sostener mi estado, no sé si debo tener escrúpulos. En cuanto á lo necesario para sostener su estado, es difícil determinarlo con precision, á causa de los gastos imprevistos; no tengo ningun apego á las riquezas, pero no soy todavía bastante hábil para creer que tengo todo lo necesario no teniendo mas que lo estrictamente necesario, y perderia mas de la mitad de mi talento si tuviese que vivir con estrechez en mi casa. Procuraré al fin que todo el orden de mi conducta redunde en edificación de la Iglesia. Sé que se han censurado ciertas cosas; me gusta la regularidad; pero hay situaciones en que es un mal guardarla muy estricta.»

Aunque irreprochable en sus costumbres, sóbrio y exento de codicia vulgar, se ve que Bossuet buscaba en su vida el espacio, la libertad y la grandeza que tenia en el alma. Pródigo de sí mismo para con la Iglesia y el rey, quería que fuesen pródigos con él estas potencias. No regateaba sus servicios, pero sabia su valor.

XI.

Colocado por sus nuevas funciones en la corte en la fuente de las mercedes y gracias, pudo ver acrecentarse fácilmente su fortuna y su crédito; pero esta fortuna y este crédito no fueron parte para que descuidase sus deberes de preceptor de un príncipe cuya edad, carac-